

EL DULCE LÍQUIDO



ALICIA SÁNCHEZ MARTÍNEZ
EL DULCE LÍQUIDO

Título: *El dulce líquido*.

Primera edición: noviembre 2021.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.

Dirección: Manuel Arcas Castillo.

Coordinación: Ana Martínez Castillo.

www.inlimbo.es

www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Alicia Sánchez Martínez.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.

Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).

Corrección: Juan García Rodenas.

Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.

www.cofassa.es

ISBN: 978-84-124281-1-7

Depósito legal: AB 443-2021

IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

*Para Vicenç, Valentina e Ivo
Siempre juntos*

*Vivía constantemente en un mundo imaginario, quería que todo
fuera bello; y lo que la rodeaba
no era bello en absoluto.*

Gustave FLAUBERT
Madame Bovary

Piel de sapo

El pueblo está derruido. La mayoría de edificios se han desplomado o convertido en simples armazones de cemento cubiertos de polvo y hollín. Tan solo el campanario de la iglesia se mantiene en pie, aunque el reloj está partido por la mitad y las agujas han desaparecido.

Ya no queda nada reconocible en la zona comercial. La calzada está llena de cascotes, placas de uralita y marcos de ventanas con los cristales hechos añicos. La gran tienda de recuerdos ha vomitado todo su contenido en la calle. Los toros de lidia, los jarrones de cerámica, las postales y los posavasos están ahora esparcidos sobre la acera, lo que provoca un efecto cómico, una broma de mal gusto en medio de la tragedia.

En la zona de chalets las piscinas se han desbordado. Ríos de agua clorada inundan las anchas avenidas de la urbanización. Los unicornios y los flamencos rosas navegan libres por las calles resquebrajadas, observándolo todo con sus ojos estáticos. Las pistas de pádel, los puestos de helados, los parques infantiles y las atracciones han desaparecido bajo esa montaña de escombros que lo cubre todo. Solo la línea del mar, una franja azul pálido que brilla a lo lejos, permanece imperturbable.

Un cuervo se posa sobre una maraña de cables retorcidos. Tiene el plumaje brillante y un pico que parece esculpido en piedra. Nunca antes se habían visto cuervos en la localidad.

Únicamente tórtolas, urracas y alguna corneja, pero cuervos, no. Su presencia allí es algo inaudito, como inauditos son los extraños sucesos que han tenido lugar durante el día de hoy: el súbito temblor de la tierra, el derrumbe de los edificios, la desolación. Al cuervo le sigue una bandada de grandes aves que planean en círculo sobre las ruinas y una familia de lagartijas que salen de entre los cascotes como si nada hubiese pasado. También las liebres y los ratones de campo se han atrevido a bajar de los bosques para curiosear entre los escombros.

Una mujer surge de debajo de las piedras. Le basta un rápido movimiento para librarse de la losa que la cubre y salir al exterior. Está desorientada y le cuesta respirar, pero no parece estar malherida. Es una mujer joven, con el pelo y el rostro tiznados por ese polvo negro que está por todas partes. La mujer trata de avanzar. No sabe hacia dónde dirigirse. No queda nada que le resulte familiar. Los edificios están destrozados y la mayoría de calles han desaparecido. La orografía tan conocida se ha transformado por completo para convertirse en un paisaje lunar. Lo único que puede hacer es deambular de un lado a otro para tratar de encontrar alguna referencia que le permita orientarse. Cuando mira a su alrededor no reconoce nada.

Bajo los cascotes, lo único que hay son cadáveres. Lo sabe porque los ha visto: una pierna doblada en un ángulo imposible, una mano abierta que parece pedir limosna, una cabeza desprendida con el pelo largo y sucio. Si no fuera por la sangre, si no fuera por el olor, diría que son burdos muñecos, sacos hechos de paja que alguien ha dejado ahí para dar un aspecto más dramático a ese decorado apocalíptico.

Aunque la visión de la muerte es estremecedora, es el silencio lo que más le impresiona. ¿Hay alguien ahí?, pregunta una y otra vez. Nadie le responde. Solo se oye el ulular del viento y un extraño zumbido que parece provenir de los cables de la electricidad. Trajinar de ratones y graznido de cuervos. Nada más.

Parece ser que es la única superviviente del desastre.

Por qué ella, se pregunta, por qué ella es siempre la diferente, el caso singular.



—Es imposible que la niña esté a 33 grados de temperatura —asegura el pediatra—. Debe tener el termómetro estropeado.

—Le juro que es verdad —insiste la madre.

El médico observa a la mujer por encima de sus gafas. Es una chica muy joven ataviada como una monja: cola de caballo, zapato plano y vestido gris. Hoy, en urgencias pediátricas, ha tenido que atender a un niño con conmoción cerebral grave, un caso de diabetes juvenil y un adolescente con los ganglios inflamados que posiblemente sufra leucemia. Lo último que desea ahora es tener que lidiar con los temores infundados de una madre primeriza. Está a punto de acabar su turno de visitas, tiene hambre y está agotado. La enfermera debería haber enviado a la mujer a su casa. Por lo visto, también está cansada y ha preferido dejarla pasar antes que tener que discutir con ella.

—Señora —insiste el médico—, si, tal como dice, la niña tuviera esa temperatura, estaría muerta. ¿Es que no lo entiende?

La mujer abraza a su hija, apenas una lactante. Es demasiado pequeña para los dos meses que dice que tiene, pero no parece estar desnutrida ni tampoco enferma. De todos modos, su aspecto no es del todo normal, no sabría decir por qué.

—Compruébelo usted mismo —le reta la madre.

El médico suspira con resignación y le coloca el termómetro a la pequeña. Mientras espera, la observa un poco mejor. Es un bebé raro. Su piel es rasposa y fría, como si estuviera cubierta de escarcha. Sus ojos, de un verde que no había visto nunca, tienen una forma inusual, rasgados como dos muescas

cortadas a cuchillo sobre la madera. Es posible que sufra algún tipo de trastorno cromosómico, piensa. Ahora no tiene la energía suficiente para plantearse esa posibilidad. Ya lo estudiará más adelante. Otro día. Cuando no esté tan cansado.

Pasan los minutos y el termómetro no sube. La niña está a 33 grados.

La madre sonríe con aires de superioridad y el médico trata de no mirarla. No hay nada que le resulte más irritante que una madre ignorante pretendiendo tener razón.

Al pediatra se le acaba la paciencia. No está dispuesto a tomarle la temperatura a la niña una vez más. Sería entrar en su juego. Y eso es lo último que quiere hacer.

—Vuelva usted otro día —despacha a la madre—. Nuestro termómetro también debe estar estropeado. La reconoceremos más adelante con más calma.

La madre intenta protestar. La mirada severa del médico la hace callar. Parece una mujer acostumbrada a obedecer, piensa, la hija de unos padres demasiado estrictos o de unos fanáticos religiosos.

Pocas veces se equivoca. Es su instinto profesional.

La madre y la pequeña se marchan y el pediatra atiende a dos niños más, pero el recuerdo de ese bebé extraño no lo abandona. Incluso al llegar a casa y abrazar a sus propios hijos, el resplandor de esos ojos verdes lo persigue como si fuera una maldición.



La mujer se sienta en un sofá de cuero que seguramente cayó desde el edificio de oficinas cercano. Está desfondado y le faltan los cojines del respaldo. A su alrededor, la ciudad fantasma persiste en su silencio. No hay ningún cambio, ninguna señal que le permita entender qué ha pasado y cuál va a ser su destino a partir de ahora. Tampoco su cuerpo le ofrece ninguna información. Tiene heridas superficiales en los brazos

y en las piernas y un sinfín de cardenales, pero ningún hueso roto ni señal preocupante. Está cansada y dolorida y la nariz no le deja de sangrar. Lo hace de forma intermitente, con cada movimiento, como si fuera una advertencia.

Su primera intención ha sido hacer acopio de comida. Ha cogido una gran mochila que ha encontrado en un escaparate reventado y la ha llenado con todos los comestibles que ha podido encontrar: tarros de mermelada, latas de atún, paquetes de tostadas, botellines de agua...

Hace unos minutos ha subido hasta la parte más alta del pueblo y tan solo ha visto desolación. Kilómetros y kilómetros de ruinas y eriales vacíos. ¿Hasta dónde llegará el desastre? —se pregunta—. ¿Toda la región?, ¿todo el país?, ¿todo el mundo? Si hubiera habido supervivientes, alguien habría venido desde los pueblos cercanos o desde la capital. De momento, no ha visto a nadie.

Con la caída de la tarde, empieza a notar una sensación rara, un frío intenso. Siempre ha tenido la temperatura corporal muy baja, a límites casi inhumanos, desde que nació. Incluso en verano no podía salir de casa sin ponerse un grueso jersey. Años atrás, le realizaron numerosos estudios y no encontraron ninguna razón que lo justificase. Ninguna mutación genética, ninguna enfermedad rara.

Ahora es mucho más que eso. No solo tiene frío. Está helada.

Conforme el sol se va posando en el horizonte, se siente cada vez más desvalida. No quiere dormir al raso, pero teme que si se refugia en alguno de los edificios semiderruidos el techo acabe cayendo sobre su cabeza. Al final, decide seguir su instinto y huir de la ciudad en ruinas para internarse en lo más profundo del bosque.

Cuando se hace de noche, se cobija en el interior de una pequeña cueva y trata de dormir. Poco a poco, entra en un mundo en el que no había estado antes, una fantasía habitada por pequeños reptiles enloquecidos por el temblor reciente

que iluminan sus madrigueras con sus ojillos brillantes. Lagartijas, salamanquesas, dragones, los oye desde su estado de duermevela, escarbando en el fango y transportando sobre sus lomos terrones resecos, pelotas de estiércol y setas minúsculas. La mujer aspira el olor a humedad que proviene de la tierra y siente salvaje lujuria, un poder sin límites, una liberación. No sabe qué le ocurre. Cierra los ojos y trata de dormir. Es la única solución. Mañana será otro día, piensa. Un día mejor.



Una niña sale de su casa para ir al colegio. Tiene un aspecto peculiar. Su pelo rubio verdoso, sujeto en una coleta despeinada y un poco torcida, parece un manojo de heno colocado de cualquier manera sobre su cabeza. Lleva un grueso jersey sobre su vestido de verano y calcetines de tenis con sandalias. A cada paso que da, su mochila de cuero marrón golpea su espalda huesuda como si le resultase imposible asentarse en ese cuerpo demasiado flaco, demasiado escurridizo.

La niña camina deprisa, no porque llegue tarde, sino porque no quiere encontrarse con sus compañeros de la escuela, a los que teme como a ninguna otra cosa en el mundo. Nunca le han pegado ni le han puesto la zancadilla, no le han robado ni roto ninguna de sus cosas. El castigo que le infligen a ella, solo a ella, es muchísimo peor.

—¡Hey, muñeco de nieve! —le dicen unos.

—¡No te acerques a nosotros, que apestas! —le gritan otros.

—¡Piel de sapo, leprosa! —le insultan todos a la vez.

Y después se ríen de ella durante largo rato, el suficiente para que otros niños que no saben de qué va la cosa se acerquen y les pregunten: ¿de qué os reís?, y ellos la señalen sin dejar de burlarse y las risas se multipliquen hasta rodearla por completo, como una nube que la ahoga hasta asfixiarla y que

la persigue por mucho que corra. Y, una vez en la escuela, el desprecio no cesa, esta vez en forma de insultos en voz baja, miradas chistosas, gestos humillantes. El miedo que siente en esos momentos le revienta los huesos. Es como hielo en sus entrañas. Se siente morir y, sin embargo, allí está, sentada en su pupitre, con la mirada fija en la pizarra, temblando un poco sin que apenas se note, con la mirada perdida y los puños apretados. Una niña ensimismada y no demasiado inteligente, según los profesores. Un bicho raro con la piel asquerosa, según sus compañeros.

Su madre la mimó demasiado de pequeña, poco después se obsesionó con la religión y ahora ya no le hace caso. Sus abuelos murieron y no tiene padre. Se viste con la ropa vieja que le dan las vecinas, come sopa de sobre y duerme en el cuarto de los trastos, en una cama turca que había sido de su abuela. Por la tarde, después de hacer los deberes, se sienta en el balcón minúsculo que hay en su casa y observa los pájaros. Ama los pájaros, pero no se parece a ellos. No hay nada hermoso ni mágico en ella. Está más cerca de los bichos que se cuelan entre las baldosas que de esos seres alados que tanto admira.

Y llega la noche. Y se acuesta en su cama de sábanas amarillentas. Las lágrimas, esas gotas densas que han estado allí durante todo el día, se deslizan por su piel rasposa como si la lamieran. No quiere rezar, porque odia a ese Dios que le ha arrebatado a su madre. Prefiere llorar hasta dormirse, pensar en su desgracia una y otra vez. Esas son sus noches.

Al día siguiente, vuelta a empezar. La leche cortada, el pan duro, el jersey sobre su vestido, la mochila demasiado grande. Lo único hermoso son los pájaros allí arriba, volando en círculos, piando alegres, ajenos a su soledad y a su tristeza.



El bosque parece distinto por la mañana. La oscuridad ha dejado paso a una claridad difusa, a un mundo de contornos

traslúcidos que no parece real. El aire está lleno de humedad. Más que aire, parece vapor, una densa cortina de gotas minúsculas en la que flota el polvo verde y dorado que se desprende de las hojas de los árboles.

La mujer tiene el cuerpo entumecido, mucho más que el día anterior. Los cardenales de los brazos y de las piernas han empezado a cambiar de tonalidad, de morado intenso a marrón claro. Mañana se volverán amarillentos. Y después desaparecerán. No es la primera vez. Su cuerpo siempre ha sido una constelación de morados, ronchas y laceraciones. Le basta con rozarse con alguna superficie rasposa para sufrir algún tipo de reacción cutánea, desde un leve enrojecimiento a la aparición de heridas supurantes. En ningún momento de su vida ha podido lucir una piel suave y luminosa. La suya siempre ha sido tosca e irregular, como si estuviera cubierta de una gruesa capa de escamas diminutas. Una piel de animal.

La mujer abandona la cueva que le ha servido de cobijo durante la noche y trata de orientarse. No sabe qué es lo que quiere hacer, buscar un lugar civilizado y tratar de recuperar su vida o integrarse por completo en la naturaleza y hermanarse con esos animales que parecen observar todos sus movimientos. Al final, decide dejarse llevar por su instinto y echar a andar sin conocer el rumbo.

Cuando llega a un pequeño claro, levanta la cabeza. El cielo está cubierto de pájaros negros, bandadas de distintas especies que van de un lugar a otro, cambiando a cada momento de dirección, como si no supieran dónde refugiarse. De la misma manera que ella.

Lleva más de una hora caminando y empiezan a dolerle los pies. Se quita los zapatos y descubre que los tiene llenos de ampollas y rozaduras. Es mejor seguir descalza, piensa, y abandona sus manolequinas de charol a un lado del camino. Poco después se quita las medias, que cuelga de la rama de un árbol como si fuera una ofrenda a las deidades del bosque. Sigue teniendo frío, pero ahora nota que la ropa, en lugar de

abrigarle, la agobia, le limita los movimientos. Su vaporoso vestido verde, uno de sus preferidos, cae al suelo tras un sutil movimiento, rápido y cimbreado como el estallido de un látigo.

Desnuda y descalza, recorre las veredas cubiertas de hierba seca siguiendo la dirección del viento, en un trayecto errático que no parece llevarle a ninguna parte.

Los animales la acompañan. Parece que se estén organizando en turnos para no dejarla nunca sola. Una liebre la observa agazapada tras una mata de zarzamora, le siguen unos petirrojos que se posan de rama en rama, después una escuadra de caballitos del diablo que se arremolinan y zumban sobre su cabeza. Qué agradable le resulta ser custodiada por tierra y aire por esa comitiva cambiante. Se siente acompañada y, al mismo tiempo, protegida. No hay nada que temer. Nada malo va a pasarle. Camina sobre un suelo de musgo fresco y los árboles le ofrecen una techumbre bajo la que cobijarse. ¿Qué más puede pedir?



Él trata de besarla. Ella lo rechaza, una vez más. Es su tercer intento.

Han aparcado en un lugar especial, al borde de un acantilado, con excelentes vistas al bosque y al mar. Un paraíso tranquilo y solitario, perfecto para el amor. Pero las cosas no están saliendo como él había pensado.

En el instituto, la chica tiene fama de rara y de estrecha, pero a él le gusta, le gusta mucho. Encuentra algo muy seductor en esos ojos separados, en esa piel amarillenta y en ese cuerpo desgarrado. Incluso el olor que desprende, desagradable para la mayoría, le parece cautivador. Es tan fría como una mujer fatal y desagradable hasta decir basta. Está loco por ella.

Nunca se ha atrevido a pedirle salir, siente demasiada vergüenza y, además, ella no parece desear la compañía de nadie.

Siempre está sola, apenas habla, no acepta ninguna invitación, ni siquiera de las pocas chicas con las que habla alguna vez. Acercarse a ella es una misión imposible. Hoy la ha encontrado en la puerta de su casa, sentada en un bordillo, y, en un impulso, la ha invitado a dar una vuelta en el coche de su padre. De forma inesperada, ha aceptado. Se ha puesto tan nervioso que no ha dejado de tartamudear desde entonces. Ella, sin embargo, se ha mostrado serena. Más que serena, ensimismada, como si tuviera algo mucho más importante que hacer o en que pensar.

Apenas han hablado durante el trayecto. No parece ser una joven demasiado despierta. Suele responder con monosílabos a sus preguntas y no tiene tema de conversación. A pesar de ello, hay algo que la distingue del resto de las chicas, algo especial, aunque no sabe decir qué es. Quizá sea su voz grave y susurrante, la expresión reflexiva de su mirada o sus movimientos lentos e inarmónicos, como de animal que no se encuentra en su elemento natural.

El chico se muere por besarla, pero no quiere volver a hacer el ridículo. Está claro que ella no tiene ningún interés por él. No está dispuesto a afrontar un nuevo rechazo. Lo mejor es quitarse esa idea de la cabeza, piensa.

Cuando se dispone a poner el coche en marcha para volver al pueblo, sucede algo inesperado.

La chica se acerca hacia él y le sujeta el brazo con fuerza. Tiene la mano helada, como una garra de hielo.

—¿Te gusto? —le pregunta, mientras le mira con sus grandes ojos verdes.

—Muchísimo.

Ella le rodea con sus brazos, unos brazos que le oprimen con una fuerza impropia de un cuerpo tan delgado. Más que abrazarle lo constriñe, le oprime las costillas de forma insostenible, hasta que llega un momento en el que no puede respirar. Es entonces cuando ella abre su boca de dientes finos y lo besa como nunca antes lo habían besado, como si se lo

tragara entero. El chico siente como si se encontrara en el fondo de un lago helado y tratara de salir al exterior para poder respirar. Se ahoga y no sabe cuánto tiempo podrá aguantar.

Grita. No sabe cómo ha podido hacerlo porque su boca está sellada por la de ella. Ha gritado y lo ha hecho hacia dentro, sintiendo en su interior la reverberación del sonido en su cuerpo.

Ese grito parece haberla asustado o hacerla reaccionar, el chico no lo sabe. Sea como sea, ha servido para que afloje la presión, se separe de él con expresión sorprendida y vuelva a ser la misma de siempre.

El chico trata de recuperar el aliento y, como puede, pone el coche en marcha. Abandonan el descampado a toda velocidad y la deja en su casa sin despedirse.

Nunca más vuelven a hablar.



Al caer la noche, la mujer llega a una aldea derruida que se levanta en medio del bosque.

También aquí los insectos se han adueñado de las tierras yermas, indiferentes a la desgracia. Ratas y ardillas. Parece que el reino animal ha salido indemne de la hecatombe. Y ella. Nadie más.

No ha comido nada en todo el día. La mochila con víveres se quedó en la cueva, junto al resto de sus pertenencias. Entra en lo que parecen los restos de una tienda de ultramarinos. En una estantería vacía descubre un pote de miel. Nada más abrirlo, siente náuseas. Lo mismo le ocurre cuando trata de comer una galleta salada, un trozo de salchichón, un pedazo de queso. No sabe qué le pasa. Se muere de hambre, pero es incapaz de llevarse nada a la boca.

Una gruesa oruga amarillenta surge de entre las piedras, se arrastra por el asfalto resquebrajado y sube por uno de los

pocos muros que todavía se mantienen en pie. A la mujer ese bicho viscoso y maloliente le parece apetecible. Se lo imagina como un trozo de carne caliente, como un delicioso turnedó. Se acerca a ella, se la lleva a la boca y la deglute sin mastigarla. Es la primera vez que se siente satisfecha.

Busca más orugas. No encuentra ninguna. Lo que sí ve es un escarabajo de campo. Y un ratón desorientado. Presas fáciles. Y sabrosas.

Una vez saciada, se sienta en un somier oxidado y medita. No está a gusto en la aldea. Volverá al bosque.



La contable de la inmobiliaria Mar y Sol ha llegado tarde al trabajo y se encuentra con lo que parece una conspiración. Sus dos compañeros de oficina están reunidos con el jefe. Parecen tan enfascados en la conversación que no la han visto entrar. Sabe que hablan de ella.

La contable se sienta en su mesa, y, aunque la puerta del despacho está cerrada, los puede escuchar a la perfección. Cómo no oír esas voces chillonas e irritantes, las mismas voces que tiene que aguantar cada día y que tanto le sacan de quicio. Y no solo por el tono, sino, sobre todo, por lo que suelen decir, temas tan insoportables como el relato pormenorizado de sus actividades del fin de semana, las ocurrencias de sus hijos, sus programas favoritos de televisión. Pero esta vez el tema es ella misma.

—Huele fatal. —Oye decir a Marga, la compañera que se sienta a su lado—. Es insoportable.

—Pues no tiene aspecto de desaliñada —le interrumpe Salvador, su jefe.

—No es olor a sudor es, no sé, un olor extraño —continúa ella.

—Como a terrario —puntualiza Ramón, otro de sus compañeros.

—Exacto —afirma Marga—. A terrario. A animal del zoo.

—Esa no es razón para despedir a una trabajadora —interviene Salvador—. Además, es muy buena contable. Una de las mejores. No nos podemos permitir el lujo de prescindir de ella.

—Y no solo es el olor —vuelve a la carga su compañera—, también nos mira raro.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Salvador.

—Como si quisiera matarnos —insiste—. Parece peligrosa. Una psicópata.

—Está pirada —interviene Ramón—. El día menos pensado se presenta aquí con una pistola y hace una escabechina. Ya sabes lo que dicen de ella en el pueblo...

—Por favor —les interrumpe Salvador—. Creo que estamos sacando las cosas de quicio.

—Te digo que no, jefe —insiste Marga—. Que cualquier día esa nos da un susto.

La contable carraspea un poco. Ya es suficiente por hoy. No está dispuesta a escuchar más barbaridades. Entonces, Marga se da la vuelta de forma súbita y la mira.

—¿Lo veis? —interpela a sus compañeros—. ¿Veis cómo nos observa?

La contable se levanta y se marcha. Ni siquiera se toma la molestia de despedirse. Ella tampoco está a gusto entre esos patanes. Sabía que no le profesaban demasiado afecto y lo de esta mañana ha sido excesivo. De todos modos, no es la primera vez que la toman por loca. De hecho, durante toda su vida ha tenido que lidiar con el mismo sambenito. No volverá nunca más a la agencia. Buscará algo para hacer en casa, cualquier cosa. Tal como ha dicho su jefe, es una buena contable. No le costará demasiado encontrar un trabajo que no le obligue a exponerse a la maledicencia de la gente del pueblo.

De nuevo en el coche, no sabe qué hacer ni dónde ir. Al final, decide visitar a Juanma, su novio. Él es la única persona que la comprende, el único que sabe cómo consolarla cuando

se encuentra como hoy, perdida en un mundo que no entiende. Juanma vive a las afueras del pueblo, en una casita de pescadores construida a pie de playa. Allí es donde tiene su taller de pintura, sus libros, su música. Es un alma libre y ella siempre lo ha respetado por ello. Nunca antes se ha presentado en su casa sin avisar. Sabe que es muy celoso de su intimidad y procura respetar su espacio, pero la experiencia que acaba de vivir la ha desequilibrado. Hoy lo necesita más que nunca.

Aparca el coche en el paseo y baja caminando hacia la zona más recóndita de la playa. Ha comprado *croissants* recién hechos para desayunar. Le dará una sorpresa. También preparará café, o un té fuerte. Un buen desayuno le ayudará a recuperar las fuerzas.

Entra en la casa, que siempre está abierta. No hay nadie. Es posible que haya ido a dar un paseo, piensa. Lo hace a menudo, cuando necesita inspiración. Hay una pequeña cala escondida entre las rocas que ahora, en invierno, casi siempre está vacía. Juanma la visita con frecuencia, es muy probable que esté allí ahora.

Al llegar a la cala, lo ve con otra mujer. Están haciendo el amor tras una barca rota. Desnudos y cubiertos de arena, parecen dos animales en plena coyunta, dos cetáceos varados manchados de salitre y de brea. La mujer es la joven belga que vive en el pueblo durante todo el año, una *hippie* rica que dilapidó la asignación de sus padres en vino y drogas.

Ella no es celosa. Sabe, además, que Juanma es un hombre incapaz de entregarse en exclusiva a una sola mujer. Pero la visión de esos cuerpos en la playa ha sido tan inesperada y le ha llegado en un momento tan delicado que se siente morir. Lo único en lo que piensa es en coger de nuevo el coche y alejarse lo antes posible de esa imagen que tanto la perturba.

Salte corriendo a trompicones, como si sus piernas no le respondieran, y no se detiene hasta alcanzar el coche. Mientras conduce, siente que se desdobra, que se convierte en dos

personas distintas. Sus reacciones son extrañas: acelera más de lo debido, va dando bandazos por la carretera. Los otros conductores tocan el claxon y la insultan mientras sacan la cabeza por la ventanilla de sus coches.

—¿Estás loca o qué? —le gritan.

Ella gira el volante y el coche da varias vueltas de campana. A punto está de caer por un terraplén. Por suerte, sale ilesa del accidente. No tiene más remedio que dejar el vehículo en la cuneta y volver caminando. Cuando llega al pueblo, tiene la mirada perdida y el vestido roto. Todos la observan. Nadie le dice nada. Está loca, deben pensar, una vez más.

En la plaza de la iglesia, nota un frío intenso en todo el cuerpo, una desagradable náusea que no parece terminar nunca. Se echa a temblar y, entonces, la tierra tiembla con ella, late como si fuera un inmenso corazón doliente. La tierra eclosiona y se resquebraja. Un mar de lodo se derrama por su superficie. Sucias olas negras rompen el asfalto y parten las carreteras en varios trozos. Los edificios se derrumban como si estuvieran hechos de papel. En unos segundos, todo se viene abajo.

Aquellos que unos minutos antes la miraban de forma reprobatoria ahora gritan despavoridos. El pánico les hace hacer cosas absurdas, como llevarse las manos a la cabeza, abrazarse con desconocidos o tratar de huir de allí, a pesar de que no hay escapatoria posible.

Solo cuando la tierra deja de moverse llega el silencio. Y la muerte.



En su refugio del bosque, la mujer observa la metamorfosis que está experimentando su cuerpo. El pelo se le está cayendo con rapidez. Al pasarse la mano por la cabeza se le desprenden mechones enteros. Parecen algas filamentosas enredándose entre sus dedos.

También el cuerpo está sufriendo una rara transformación. Su piel humana se encoje y reseca, como si estuviera quemada. Bajo ella asoma una piel nueva, muy diferente a la que tenía. Está cubierta de escamas y tiene un color insólito: un verde pálido, acuoso y vegetal, salpicado por unas pequeñas motas negro azabache. Parece la piel de un animal, de un anfibio o de un réptil. En ningún caso de un ser humano.

La mujer, o lo que solía ser una mujer, se acuesta sobre una piedra plana que ha estado acumulando el calor durante todo el día. Ya no tiene frío. Estira su cuerpo de forma voluptuosa y trata de dormir, aunque está demasiado excitada como para poder hacerlo. Quiere disfrutar un poco más de las muchas posibilidades que parece ofrecerle su nuevo cuerpo: la elasticidad asombrosa, los rápidos reflejos, la energía ilimitada.

No hay nada que no le guste de su nueva condición. Incluso la necesidad de devorar animales vivos le parece un regalo del cielo.

Oye un ruido en la lejanía. Pero no es un ruido. Tampoco es una imagen. Es la percepción de algo que hay más allá, algo vivo. Y sabroso. Una familia de humanos, unos supervivientes. Son una pareja de adultos y tres niños, tres criaturas dulces como golosinas. El estómago le ruge. Se relame con gusto. Y reptando se dirige hacia ese plato delicioso, tan silenciosa que nadie puede escucharla. Se aproxima cada vez más, tan cerca que casi puede tocar los pies diminutos del más pequeño de los niños. Y entonces se abalanza y ataca.

Nunca antes se había sentido tan feliz.

Por primera vez en su vida, todo encaja.

La viuda negra

Isabella sujetó el cinturón por los extremos, lo enrolló alrededor del cuello de su víctima y tiró de él con fuerza hasta que dejó de respirar. Cuando lo retiró, observó la expresión de su rostro. Tenía los ojos entornados y la boca torcida en una extraña mueca. En las comisuras, la saliva cristalizada se acumulaba como pústulas y pequeños derrames de sangre dibujaban manchas concéntricas a su alrededor.

Tomó algunas fotografías. Primeros planos de la piel enrojecida de la cara, de los ojos y de la boca, sobre todo de la boca, que le pareció tan inquietante como un cuadro abstracto. La fotografió desde diferentes ángulos, buscando el más adecuado para mostrar la extraña belleza de su rostro.

Tras la sesión, decidió darse un respiro y se sentó a fumar un cigarrillo. Cansada de velar el cuerpo de aquel desconocido, lo cubrió con su propio abrigo y se vistió. No había prisa. Ella nunca tenía prisa. Su lentitud era uno de los secretos de su éxito. Su lentitud y su paciencia. Hacía todo lo que los hombres le pedían y, a cambio, les obligaba a beber de su licor. Un vasito por cada deseo cumplido, hasta que ellos perdían el sentido. Así le resultaba más fácil hacer su trabajo. En estado semiinconsciente, sus amantes se convertían en seres sin voluntad, muñecos de vudú con los que realizaba sus asesinatos rituales, sus obras de arte.